

EL BALUARTE

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 267

Sevilla—Lunes 23 de Noviembre de 1903

AÑO XXVII

Por dónde viene la crisis

Al cabo de cinco meses de gobierno y un mes de funcionamiento del poder legislativo, venimos á la consecuencia de que el gobierno no había discutido los presupuestos, ni los ministros se habían puesto de acuerdo en las partidas y cifras de gastos. Ha llegado el turno del debate del presupuesto de Agricultura y, á juzgar por lo que el ministro de Hacienda ha declarado, parece que son excesivos algunos capítulos y que otros le han entrado de matute.

El ministro de Agricultura, viajero incansable, distanciado del banco azul y poco atento á los debates parlamentarios, sin duda para complacer á los que le han ovacionado en las fiestas y banquetes que por ahí se ha prologado en obsequio suyo, y para responder en cierto modo á la extensa información que ha merecido á dos periódicos de gran circulación, que han extendido su fama de laborioso, inteligente y atento á los intereses materiales, se ha considerado obligado á dotar mejor algunos capítulos de su presupuesto, aun á riesgo del enojo de sus compañeros, y á sabiendas de que iba á provocar un conflicto ministerial, procurándose una caída gallarda, como la de la otra vez; y ya que en Octubre le redujeron á que no dimitiera por razones de carácter político, ahora hace esfuerzos por retirarse, amparado en las negativas del ministro de Hacienda para que pasen los aumentos de gastos que había propuesto, y llega á Madrid y se acaterra, viéndose obligado á guardar cama para no asistir al Consejo de ministros y justificar su ausencia del seno de la Comisión de Presupuestos.

Mientras esto sucede, se observan en el campo conservador movimientos y agitaciones, dándose suelta á la intriga en el intrincado entrebaldos para conjurar el conflicto ministerial; y si esto no pudiera ser, evitar, por lo menos en apariencia, y por una temporada corta, la disolución de esa fuerza política, reduciendo á Silveira para que se sacrifique una vez más, volviendo á la vida pública y á la presidencia del Consejo con un gobierno de altura, en que figurasen todos los primates del partido y los congresos más ilustres de la conservaduría que hayan sido presidentes de las Cámaras (Azcárraga, Tejada de Valdosera); y con un gobierno así sacar el presupuesto, la ley de administración local, ultimar las negociaciones con Francia, de acuerdo con el nuevo partido Montero-Canalejas, y esperar á que se consolide la unión esa liberal y democrática y radical y cuantas cosas más quieran nuestros lectores para que se ponga en sazón de suceder al gran trust conservador y haga las elecciones para el año cinco, en que ya suponen que los republicanos estaremos divididos, gracias á la sabia política de los ministros conservadores de altura y al programa ultraradical de Canalejas, que ha sufrido la *capitis diminutio*.

Que venga la crisis. Que venga el gobierno de altura, y respecto á los vaticinios, que están atentos al primer aviso para enfundar el programa.

A. A.

LA INDUSTRIA CORCHO-TAPONERA

EL MITIN DE AYER

Revistió extraordinaria importancia el mitin celebrado ayer por los individuos del gremio corcho-taponero en el teatro Eslava. La concurrencia fué numerosa, viéndose entre ésta á algunos fabricantes, entre los que recordamos á los señores Mallo.

En el escenario ocupaban sillas varios

significados individuos pertenecientes al partido republicano, entre ellos los señores Montes Sierra, Guichot, Blasco Garzón, Ferrand (don Julio), Portillo, Sánchez de Merodio y otros.

Ocupó la presidencia el compañero Francisco Díaz, actuando de secretario Abelardo Rodríguez. Este leyó las siguientes adhesiones al acto:

El Centro defensor de la industria Corcho-taponera, Asociación de Carpinteros, la Sociedad de Sombrereros, el periódico *Corcho y taponeras*, el Casino Republicano del primer distrito, Cámara oficial de Comercio, Asociación de dependientes de Comercio, *La Igualdad*, Centro instructivo Obrero, Sociedad de Guanteros, Federación regional de obreros de Barcelona, con trescientas cincuenta y tantas sociedades que se adhieren al acto; D. Adolfo Vasseur, Centro Republicano del noveno distrito, el presidente del Centro Mercantil y Centro Republicano de la Feria.

El secretario suplente, Juan Gómez, lee las adhesiones de fuera de Sevilla, empezando por la de los obreros de Ferrer, Unión republicana de Cazalla de la Sierra y otras muchas.

De Portugal se adhiere al acto la sociedad La Obra y el Trabajo.

Se da lectura á una carta del director del periódico *El Combate*, de Madrid, y á la adhesión de la agrupación socialista de Sevilla, confiando su representación al compañero Ramírez.

El secretario lee una carta del diputado obrero Jaime Inglés, pidiendo datos para tratar del asunto en el Parlamento. A la terminación el público aplaude.

Concedida la palabra á los oradores, hablaron en primer lugar los compañeros Buiza, Ortega, Soler, Ramírez, Contreras (estos dos en representación de los obreros corcheros de Jerez de los Caballeros), y Borrillo, que representa á varios pueblos y al periódico *El Combate*; el señor Guzmán, el compañero Miranda, el compañero Palomero (albañil) y los individuos de la Juventud Republicana Soto Vázquez y Blasco Garzón.

El señor Guichot pronunció un elocuente y razonado discurso cuya síntesis fué la siguiente:

Se refiere al incidente suscitado por negarse una parte del público á que otra aplaudiese.

Dice que la mayoría ha dado un ejemplo de cultura comprendiendo por intuición que puede aplaudir el que guste.

Si unos dicen que esas manifestaciones del entusiasmo son propias de plazas de toros, otros pueden decir que el silencio es propio de funciones religiosas.

¿Cómo acallar las expansiones del sentimiento que produce la comunicación entre el que habla y el que escucha?

Hay momentos en que el entusiasmo rebosa y hay que unir las manos para aplaudir.

Para propagar y para exigir se necesita calor en el alma y decisión en la inteligencia. Mitin quiere decir entusiasmo público y levantamiento de las ideas.

Dice que la importancia de los actos se deduce de dos términos sustantivos: la materia, el asunto que lo motiva y el sujeto, corporación ó colectividad que lo organiza. Si uno y otro términos son importantes, nadie puede negar la importancia del acto.

Dice que la materia es trascendentalísima. Ni por la industria ni por la química se ha podido encontrar un cuerpo que sustituya al corcho.

Estudia la importancia de la producción en las regiones andaluzas, extremeña y catalana, y la diferencia de las conclusiones acordadas en Gerona, con las propuestas por los obreros sevillanos, dife-

rencias que tienen su explicación por ser muy distintos los intereses de los dueños de dehesas que suscriben aquéllas y los obreros.

Encarece la necesidad de unir su acción todos los interesados para pedir la reforma de los aranceles, el recargo en la tributación rural y un impuesto para la exportación á fin de impedir la salida de la primera materia.

Recomiendo á los obreros que con verdadera decisión hagan un escrupuloso trabajo estadístico, para que se sepa lo que sois, lo que tenéis y con qué contáis.

Si no realizáis este trabajo—dijo—os profetizo que seréis vencidos.

Termina recomendando también la organización y solidaridad entre todos los obreros.

En nombre del Sr. Montes, dice que éste no puede hablar por encontrarse indisputado, y hace presente su adhesión al acto.

Después habló un obrero, cuyo nombre desconocemos, é hizo el resumen de los discursos el presidente, manifestando que no había conclusiones, que las habrá cuando termine la discusión de los aranceles y decidan lo que ha de hacerse las 410 colectividades que han expresado su adhesión.

Entonces—dice—habrá poco discurso y tendremos que emplear medios más contundentes.

Termina el mitin cerca de las seis.

Durante él se recibieron adhesiones telegráficas de Portugal, Algeciras y San Vicente Alcántara.

La Santa Isabel

El día de Santa Isabel hemos tenido en Madrid nuestro *cachito* de motín, y era natural que así sucediera; pero no ha sido por iniciativa de los estudiantes, sino por *previsión* del Gobierno que ha tenido á bien provocarlo Villaverde; recordó que el motín estudiantil de 1884 le valió el entorchado, ó digase la cartera de ministro, y quiso de algún modo significar su gratitud á los estudiantes, otorgándoles un día de asueto ó de juega, y por sorpresa, y sin previo anuncio, para dar más relieve y resonancia al hecho, por su ministro de Instrucción avisó al Rector para que no hubiera clases dicho día, y cuando los estudiantes concurrieron á las primeras clases de la mañana en la Universidad, en la Escuela de Medicina de San Carlos y en los demás centros docentes, se encontraron con las puertas cerradas, y se formaron en grupos, que fueron engrosando á medida que avanzaba la mañana, cambiando impresiones que se tradujeron en el acuerdo de hacer una manifestación para significar su agradecimiento al señor Villaverde y sus simpatías por el Gobierno; y gritaron y vocearon como caso de broma, proveyéndose de algunas peladillas, no con el propósito de agredir á nadie, sino para defenderse de posibles y probables agresiones; y cuando más bromistas y entusiasmados recorrían algunas calles de la ciudad central de España, el Gobierno, que tenía preparados los puestos para el ojeo y las escopetas (léase sables y revólvers de los del orden), les salió al encuentro, y entonces, á los gritos de ¡viva la libertad! y ¡viva Villaverde! (al revés), algunas piedras hicieron blanco, pero la brutal agresión de los guardias tendió en el suelo heridos y contusionados á unos cuantos adolescentes.

Y no pasó más, porque los jóvenes, inspirados en consejos de prudencia, tuvieron á bien retirarse después de haber aclamado al señor Salmerón.

Fueron detenidos algunos de orden gubernativa, que pasaron á cumplir lo

que la gente maleante llama *quincenas*, al famoso departamento de los *micos* de la cárcel celular, confundidos con la hampa y mezclados con aprendices de ladrones, tahuers, timadores, etc., etc., como ejemplar castigo inventado por los ministros de última categoría y gobernadores poco aprensivos en materia de violación de la Ley y extralimitación de funciones; porque además de castigar á los chicos sin previa formación de causa, tratan de multar á los padres en *quincenas pesetas*, por la enorme falta de haber mandado á sus hijos á clase.

El terror de este Gobierno de cuerpo presente supera todos los límites del abuso de poder y merece que la santan Isabel no la olviden los estudiantes, y en sazón oportuna recordemos todos á los fautores de la violencia y de las brutales agresiones contra jóvenes inermes empujados al motín y á la revuelta por los fieros esbirros de los provocadores.

El escándalo de Londres

“Se ha sacrificado usted por salvar á Chamberlain. Este y sus aliados le sacrificarán á usted mañana mismo si se atrevieran. La culpa de usted fué grande cuando trató, por medio del *raid* Jameson, de derribar al gobierno de Krüger; pero no pasó de una bagatela comparada con el monstruoso delito cometido por Chamberlain, cuando se decidió á suprimir las pruebas de su culpabilidad y consiguió hacer creer al pueblo sus inicuas mentiras.

Aquellos que aman su patria deploran que los vínculos de una amistad personal y un sentimiento de fidelidad exagerada para con un cómplice le hagan persistir en su silencio, cuando una sola palabra de usted bastará para libertad al país de Chamberlain y consortes.”

Esta carta, dirigida por Stead, el exdirector de la *Review of Reviews*, á su amigo Cecil Rhodes, aconsejándole en 1895 que volviera á la política activa, carta que no permitieron los jueces que se leyera en el proceso de Capetown, se leerá ahora en pleno tribunal de Londres.

Para realizar tal milagro ha sido preciso que una mujer que fué muy bella, que todavía conserva restos de su juvenil hermosura y que practica el *business is business* como cualquier comerciante de la City, se decidiera á entablar un pleito contra los herederos de Cecil Rhodes, para cobrar la friolera de 27 millones de pesetas oro, que reclama “por los perjuicios que á su honra ocasionó su estrecha amistad con Cecil Rhodes” y por haberle prometido el Napoleón del Cabo dicha cantidad, según consta en un documento que obra en su poder y que exhibirá ante los jueces.

Carolina Rezowuski, que en 1873 casó á los quince años con el príncipe de Radziwill, es descendiente de una de las familias más nobles de Polonia, y pasaba en su juventud por una de las mujeres más bellas de Europa. Instruida, ocurrente, graciosa, era su casa el punto de reunión de todos los graves diplomáticos que en la Conferencia de Berlín de 1878 decidían los destinos de Turquía y de Rusia.

Allí conoció la princesa á lord Salisbury, que luego, cuando estuvo Carolina en Inglaterra, la albergó en su palacio señorial.

No se sabe hasta ahora qué serie de acontecimientos pudieron hacer que una mujer tan elegante, refinada y aristocrática, se rebajara hasta el punto de consentir en ser la compañera del aventurero millonario que, ni por su educación, ni por su físico, ni por la índole de su inteligencia, parecía deber agradar á la princesa. Estas causas y acontecimientos los re-

velará el proceso, que promete producir gran sensación y resultar uno de los más escandalosos que registra la crónica judicial de los últimos años, y que presentará á Cecil Rhodes bajo aspecto que sospechan los que le conocieron íntimamente, pero que ignoraba el público.

Hay también gran curiosidad por saber á ciencia cierta qué tratos y circunstancias pudieron decidir á Cecil Rhodes, que no pecaba de espléndido, á suscribir una obligación de tantos millones en favor de una mujer tan generosa, como dicen que es la princesa.

Los herederos se hacen de rogar para efectuar el pago y querían una transacción. La princesa no quiere menoscabar en lo más mínimo el derecho que le asiste, y de ahí el pleito. Los herederos son, entre otros, el conde Grey, el doctor Jameson. Se comprende que, dada la influencia de que goza, ha de costarle mucho á la princesa Carolina cobrar la suma que acredita. A un periodista que la ha interrogado acerca de los medios que contaba emplear, le ha contestado que la divisa antigua: *¡Dieu et mon droit!*

MARCO POLO.

EL MAR Y LOS LOCOS

Habiéndose observado que los viajes por mar son un excelente remedio contra la locura, se pensó hace poco en Inglaterra que muy bien podrían fletarse barcos con el único objeto de que en ellos diesen la vuelta al mundo varios dementes, debidamente asistidos por médicos especialistas.

Ya se ha hecho el primer viaje de este género, y el resultado ha superado á las esperanzas.

Una de las curas más rápidas hechas fué la de un bolsista que, á fuerza de ver crecer y desaparecer alternativamente su fortuna, había caído en la más rara locura.

Figurábasele que las calles estaban divididas en dos mitades, una cuesta arriba y otra cuesta abajo, ambas muy empinadas, y él escogía siempre la mitad que juzgaba ascendente, marchando con el cuerpo hacia delante y como si experimentase la fatiga propia del que sube á una montaña, lo cual causaba no poco regocijo á los transeúntes.

Como en el mar no hay calles, los nervios que comunicaban esta impresión al nervio óptico fueron perdiendo su influencia, y cuando el buque llegó á Bombay, el bolsista pudo regresar á Inglaterra completamente curado.

En el barco iba también una joven viuda á quien la muerte de su esposo había privado de razón.

La infeliz creía ver el espectro del difunto en todas partes, y ya parecía que no se iba á curar nunca, dada la ineficacia de toda clase de remedios, cuando al médico jefe de la expedición le ocurrió fingir que el primer cocinero del barco estaba enfermo y suplicar á la viuda que ocupase su puesto.

Accedió ella, y como lo que necesitaba era distracción, y la dirección de una cocina donde se guisa para cincuenta personas no deja tiempo para pensar en fantasmas, á los quince días su locura había desaparecido.

Un comerciante retirado que iba á bordo era también víctima de singulares manías, entre otras la de creer que él mismo era un grano de trigo, expuesto á ser devorado por un ave cualquiera.

En tierra, la simple vista de una gallina le producía indecible terror, y una vez embarcado, también le daban miedo las aves marinas, hasta que se le dijo que éstas no comían trigo.

Cuando el buque llegó á Nápoles, se compraron algunas gallinas para reponer la despensa; el excomerciante, apenas las vió, se puso pálido y empezó á temblar de tal manera, que temiendo le diera un accidente, un médico le echó por la cabeza un vaso de agua del mar, diciéndole:

—Ya se arregló todo; las gallinas tienen asco al agua salada.

Al día siguiente, cuando llegó el momento de matar algunas gallinas, el médico hizo que el lunático cogiese una de

las aves, asegurándole que tan pronto como estuviere en peligro le bautizaría con agua salada. El pobre hombre empezó á comprender que no debía tener miedo, y al poco tiempo ya no se acordaba de cuando era, según él, grano de trigo.

Otro paciente, abogado de fama, sufría una curiosa locura. Apenas entraba en una habitación, se subía en una silla, levantaba el brazo y, como viera que no podía alcanzar al techo, se echaba á llorar á lágrima viva. Durante los tres primeros meses de navegación no vió más techo que el cielo, pues vivía y dormía sobre cubierta, ocupado constantemente en sacar brillo á los objetos de metal. Cuando el buque salió de Melbourne y las noches empezaron á refrescar, el loco pidió por favor que se le permitiese dormir en un camarote. Se le autorizó para ello, pero á condición de que tan pronto como levantase la vista hacia el techo, se le haría volver á cubierta. La cuestión quedaba ahora reducida á un esfuerzo de voluntad, y ésta triunfó en toda la línea.

No todos los dementes que iban en la expedición tuvieron la misma suerte; algunos, aunque pocos, regresaron tan locos como se fueron. Entre éstos se contaba una vieja que creía ser una carta destinada á salir en el correo de la noche. Al acostarse decía que se iba á meter en el buzón y se pegaba un sello en la frente, y á la mañana siguiente hacía saber á todos que había sido devuelta por no encontrarse al destinatario.

¿TOS? Jarabe UTOR

El nido de águilas

Edgard era el nombre de una pequeña aldea de Noruega, encerrada, solitaria, entre enormes murallas de roca. La planicie igual estaba dividida por un ancho torrente que descendía de la montaña para detramarse en un lago, no lejos de la aldea. Un día había aparecido en ese lago, en una barca, el primer hombre que se estableció en ese valle. Se llamaba Endre, y los habitantes actuales de la aldea descendían de él. Algunas personas sostenían que, culpable de un asesinato, se había visto obligado á huir á aquella soledad, y que esa era la razón por la cual toda la gente del lugar, descendiente de él, tenía una expresión sombría. Pero otros pensaban que había que atribuir esto á las murallas de roca, tan altas, que en las fiestas de San Juan, el día más largo del año, los rayos del sol no podían penetrar en el valle después de las cinco de la tarde.

Arriba de esa aldea, un nido de águilas pendía de la punta más alta de una roca á pique. Todos los años se veía á la hembra cuando se ponía á incubar, pero nadie había podido aún subir hasta el nido. El macho se cernía á menudo sobre la aldea y se llevaba de aquí un cordero, de allá una cabrita: una vez se llevó hasta á un niño de pocos meses. De manera que los aldeanos llegaron á decirse que nadie estaría seguro mientras las poderosas aves vivieran en su inaccesible nido.

Entre los labriegos circulaba la leyenda de que—muchos años antes—dos hermanos, habitantes de la aldea, habían llegado hasta el nido y lo habían destruido. Pero nadie era ya capaz de renovar la empresa.

Cuando dos personas de la aldea se encontraban, hablaban del nido de águilas y miraban arriba. Se sabía en qué época del año volvían las aves de rapiña, en qué punto de la comarca habían bajado, los nuevos daños que habían hecho y quién era el hombre atrevido que había perecido al tratar de subir hasta él.

Apenas los muchachos de la aldea podían andar, se ejercitaban trepando árboles y escalando rocas, para ser un día capaces de alcanzar el nido y destruirlo como los dos hermanos habían hecho.

En la época de que aquí se trata, el mozo más robusto de la aldea se llamaba Leif. No era un descendiente de Endre: tenía cabellos crespos y ojos pequeños. Era aficionado á los ejercicios físicos y á toda clase de juegos. Desde su más tierna infancia anunciaba que, tarde ó temprano, llegaría hasta el nido de las águilas. En verdad, pensaban los viejos, mejor sería que no se jactara tanto. Pero estas críticas le excitaban más, y un día, sin esperar la edad del pleno

desarrollo de su vigor físico, emprendió la ascensión de la roca del nido.

Era una hermosa mañana y era domingo, á principios de verano: los aguiluchos debían haber nacido poco antes. Una gran muchedumbre se había reunido al pie de la roca al saber la noticia del golpe audaz que intentaba Leif. Los viejos decían: «no», los jóvenes decían: «sí». Mientras tanto, Leif, que tenía la costumbre de no escuchar á nadie, solo esperaba el momento en que la hembra saliera del nido.

Apenas la vió salir, en unos cuantos saltos alcanzó un árbol que crecía á algunos pies sobre el suelo, en una anfractuosidad de la roca, y empezó á servirse de sus ramas para continuar subiendo. Sus pies desprendían piedrecillas... Las rosas y la tierra comenzaban á deslizarse... En derredor reinaba un silencio solemne. No se oía más que el retumbar sordo, continuo, que el torrente hacía al arrojarse en el lago.

La pared de roca se volvía más escarpada, más escarpada aún. De vez en cuando, Leif se quedaba un rato colgado de una mano, buscando con el pie un punto de apoyo que no podía ver. No pocos espectadores, mujeres principalmente, volvían la cara espantadas, diciendo que ese mozo temerario nunca había intentado semejante locura si sus padres hubieran vivido. Pero Leif encontraba cada vez un nuevo punto de apoyo y, enseguida, encontraba otro, ya con el pie. De repente, el pie le faltó, Leif se resbaló... Sin embargo, recuperó el equilibrio y siguió su camino. Las personas que quedaban debajo de él oían su respiración jadeante.

Entonces una joven alta, que se había mantenido á parte, sentada en una piedra, se levantó. Se llamaba Dagmar, y por su boca se sabía que, todavía muy niña, se había comprometido á casarse con Leif, aunque éste no pertenecía á las familias de la aldea.

Dagmar extendió sus dos manos hacia arriba y gritó:

—¡Leif!... ¡Leif!... ¿Por qué haces eso?

Todos se volvieron á su lado. Su padre se le acercó, pero ella no lo reconoció; tan fijas estaban sus miradas en lo alto de la roca.

—¡Baja, Leif!—continuó suplicante.—¡Hazlo por mí, que te amo! ¡Allá arriba nada tienes que ganar!

Se vió que Leif titubeaba... Se detuvo uno ó dos minutos... y luego siguió rápidamente su ascensión. Sus manos y sus pies parecieron adquirir mayor firmeza. Sin embargo, estaba visiblemente cansado, pues se detenía más á menudo á tomar alimento.

Una abultada piedra se desprendió debajo de él y todo rodó con estrepito por la pared de roca, como un siniestro presagio. Todos los que hasta entonces se habían quedado á ver, se dispusieron á alejarse, diciendo que ya no podían soportar por más tiempo semejante espectáculo.

En este momento, Leif con la mano derecha tanteaba la roca para elevarse más.

Entonces—Dagmar lo vió con claridad completa—su mano se deslizó. Todavía se sujetó fuertemente con la otra: hasta que, por fin, esta también se soltó.

—¡Leif!—gritó la joven con tanta fuerza, que su voz fué á resonar contra la muralla rocosa, y todo el mundo se puso á gritar también.

—¡Se cae!—clamaron todos como con una sola voz.

Cafá, efectivamente, arrastrando con el la arena, las piedras, las tocas; café, café cada vez más rápidamente.

Todos se volvieron á otro lado, para no ver nada más; pero oyeron un crujido sordo y después un violento golpe, como el que daría al caer un montón de tierra húmeda.

Cuando, por fin, tuvieron el valor de mirar, Leif yacía allí, en el suelo, aplastado, mutilado, irreconocible. La joven, al mismo tiempo, había caído desmayada, y su padre se la llevaba.

Los jóvenes que habían incitado á Leif á esa acción temeraria, no osaban tocarlo, ni tratar de auxiliarlo, ni siquiera se atrevían á mirarlo. Los viejos tuvieron que hacerlo todo, y el de más edad dijo, mientras levantaban el cada ver:

—¡Era una idea insensata!...—Y luego añadió, como una advertencia:—Bueno es de todos modos que exista algo tan alto que nadie pueda alcanzarlo.

BERNSTJERNE BJERNSON.

Últimos telegramas

Las señoras aristócratas de Madrid propiense desobedecer la prohibición del uso de los sombreros en el teatro.

En la Princesa presentáronse anoche con sombreros descomunales.

Una buscó ayer en las tiendas el sombrero mayor.

En algunos teatros quitáronse los indicadores de los acomodadores.

A la inauguración del Real todas irán con sombrero y abandonarán el teatro si se las exige quitárselos.

En el Español se ha establecido guardarropa para sombreros de señoras.

Cercedilla: Los heridos son 22. Los únicos ilesos han sido dos niños de pecho.

A un niño que se ha quedado huérfano lo ha recogido una familia acaudalada.

En el tren que ocasionó el choque iban tres vagones con dinamita.

Quedaron intactos.

El maquinista no tenía título.

Llegaron á Madrid tres heridos de Cercedilla.

Han sido trasladados al hospital.

A los restantes heridos se les trasladará á Madrid cuando su estado lo permita.

Málaga: En las obras de canalización de la Compañía Hidro Eléctrica, al ocurrir la explosión de un barreno, resultaron dos muertos y un herido.

Berna: En Palacieux chocaron un expreso y una locomotora, resultando cinco muertos y muchos heridos.

En Lilly (Pensilvania) han parecido en las llamas 35 obreros italianos. Carécese de detalles.

Castellón: El Ayuntamiento acordó adherirse á Barcelona en la protesta contra la subvención á Madrid.

Bilbao: Están en libertad los detenidos por los sucesos de la peregrinación.

Entró en Bilbao con fuego á bordo el vapor *Catalina*.

Lenóse el buque de agua y fué apagado el fuego.

Oporto: Ignórase el paradero de un globo que se elevó ayer.

Créese que han muerto tres individuos que lo tripulaban.

En Brest ha habido una manifestación obrera tumultuosa.

Golpearon al comisario de policía. Hubo cargas y heridos.

En la Argentina, el Directorio republicano ha designado para la presidencia de la República á don José Uriburo y para vicepresidente á don Guillermo Odaondo.

El gobernador de Madrid ha prohibido el mítin escolar.

Gijón.—En una iglesia en construcción hundióse un andamio, resultando 2 muertos y 2 heridos graves.

En los hospitales de París se ensayará la aplicación del suero antituberculoso del doctor Marmoreck.

Armijo reunió á sus amigos deliberando éstos ampliamente sobre la conducta que debían seguir.

Armijo manifestóse neutral.

Diéronle un voto de confianza para que procure la concordia de todos los elementos liberales.

A la reunión en casa de Armijo asistieron los exministros Añón, Almodóvar, Amós Salvador, Urzáiz y Teverga y los exvicepresidentes de las Cámaras Ayerba, Ochando y Alvarado.

Hay corrientes de unión con Montero Ríos.

Desistieron don Amós y Almodóvar y se retiraron antes de terminar la reunión.

En el Congreso reunióse la minoría republicana.

Acordaron discutir ampliamente los presupuestos y combatir los proyectos de indemnización á Madrid y aquellos que tenga gran interés el Gobierno.

Apojará mañana Salmerón una proposición incidental explicando las causas de la obstucción.

Según el resultado, la mantendrán ó la retirarán.

Distribuyéronse turnos para combatir los presupuestos.

Nueva York.—En el Senado yanqui se ha presentado un proyecto invitando á la República de Cuba á entrar en la unión norteamericana con iguales derechos que los demás Estados, uniéndose á Puerto Rico para formar un Estado Nuevo.